

**Doctor MANUEL H. VILLACIS S.**

Profesor Titular de Dermatología

378.4:61  
V 712

## A los nuevos graduados

### DISCURSO

Señores:

Quiero agradecer al Consejo Directivo de la Facultad de Medicina el honor y la satisfacción de ser yo, quien tome la palabra en este acto de la incorporación de los nuevos doctores en Medicina, es decir, del ingreso de nuevas y jóvenes fuerzas al laborar por una humanidad más potente y perfecta en cuerpo como en espíritu.

Digo es una satisfacción, porque quienes hemos ligado al diario afán de enseñar la obligación de devolver —acrecentado en algo— lo que nos fuera enseñado, no podemos menos que experimentar en cada año, al realizarse actos como el presente, la complacencia por una etapa cumplida, por otra nueva cosecha, por un alumbramiento más de hombres ligados a la Medicina: ciencia casi divina, o mejor, profundamente humana.

Y este viejo maestro de vosotros quiere, en estos momentos, en que la suave autoridad del profesor universitario cede su puesto a la sinceridad del amigo y colega, recordaros algo sobre las obligaciones que generosa y valerosamente aceptáis este momento; esta será nuestra última clase, o seguramente sólo la primera antes de las clases maestras de la vida.

A los profesores no nos debéis nada, o casi nada, renunciamos a lo que podríamos exigir de vosotros en recompensa de los días sacrificados en la consecución de vuestra causa, que es la nuestra. Pero esta Universidad, esta Patria, la Humanidad aguardan, ellas serán vuestras diarias acreedoras, no les neguéis nunca

vuestra atención como hombres y como médicos. Recordad que ser médicos no es sino una manera, quizá la más positiva y útil, de ser hombres.

Repito esta Universidad os ha enseñado: en la ciencia sólo un medio de hacer algo por los demás y en la disciplina: el camino voluntario de ser libres. No la olvidéis jamás. Seguid siendo, como nosotros, los discípulos espontáneos de esta casa nutridora de los que sueñan, luchan y realizan.

Sed médicos de vuestra patria. Para el médico las razas únicamente son apuntes de un texto de geografía, y los límites sólo nos indican una etapa del esfuerzo y el trabajo, digo etapa, porque el médico debe considerar la humanidad como la más perfecta agrupación humana y trabajar por ella en este mundo consumido por el egoísmo, el potencialismo y otros errores que han pretendido establecer grados de hombres y naciones.

No hace falta, tratándose de jóvenes y médicos, recordar siquiera que el interés económico, el beneficio personal —a pesar de ser necesarios para la vida— no constituyen el ideal de nuestra profesión. No seamos soñadores de posición romántica y ridícula, el médico debe tener hundidas las manos en la realidad del dolor y la miseria y los pies perfectamente fijos en la tierra, pero tampoco debe ser una estatua con alcancía a los pies, ni hacer de su ciencia otra máquina más que sólo trabaja en dirección unipolar porque no dan para más sus pobres mecanismos interiores.

Estas consideraciones extemporáneas, nunca inútiles, se fundamentan en la seguridad que tenemos en vosotros, los que hoy día ingresáis a la Medicina Nacional; vuestro esfuerzo, conciencia, idealismo, amor de jóvenes por las grandes causas nos conducen, inequívocamente, a pensar en mejores días para todos los hombres de buena voluntad.

Si conservando esta energía, que hemos visto crecer año tras año, sois fieles a los altos mandatos de nuestra profesión, ya no nos deberéis nada, aún más, os deberán, y mucho, la ciencia, los hombres y la patria.

Muchas gracias.